

PRÓLOGO
“ALGO QUE VER CON LA VIDA”

de
Jorge E. Allende (Chile)

*Investigar es ver lo que otros también ven,
y pensar lo que nadie ha pensado.*
H. A. Krebs.

Una parte muy sustancial de la respuesta al misterio de la existencia radica en saber “ver la vida”. Verla y sentirla desde los más distintos ángulos, porque cada ser humano, incardinado en estructuras biológicas temporales, es capaz de la gran desmesura de pensar, de imaginar, de inventar, de crear. Es preciso pues, urgidos por el tiempo, ser capaces de ver la vida y lo que tenga que ver con ella. A los demás, sobre todo a los que llegan a un paso de nosotros, ayudarlos para que sepan también observar la vida, *su* vida. Me gusta recordar el poema de Eduardo Galeano que termina con un verso referido a aquella alumna uruguaya que, de excursión con compañeros de escuela, ve el mar por vez primera y, tirando de la falda de su maestra, le dice: “Maestra, ayúdeme a mirar”!. Ayudar a mirar, y luego observar porque, como advirtió Julián Marías, “es muy difícil observar lo que vemos todos los días”.

Jorge Allende lleva 75 años -y le deseo muchos más- observando la vida y, lo más difícil, *su propia vida*. Saber *quién* soy... o, al menos, *cómo* soy. Para abordar el gran desafío primero -“me encuentro huyendo de mí cuando conmigo me encuentro”, escribió José Bergamín- debemos al menos procurar conocernos a nosotros

mismos, en la fascinante empresa de descifrar las características distintivas de la especie humana.

Jorge Allende es un científico latinoamericano de proyección internacional. América Latina ha ofrecido en el siglo XX grandes científicos como “incentivo” de las jóvenes generaciones: Bernardo Houssay, Luis Federico Leloir y César Milstein, premios Nobel los tres, los tres de la vecina Argentina, tierra de encrucijada, mestiza. En pocos años -lo viví como Director General de la UNESCO- América Latina ha dado un gran salto en investigación e innovación. Y ha reducido el éxodo de talentos hacia el Norte. Jorge Allende es uno de los máximos artífices de este cambio, tan importante para el por-venir -que está por hacer!- del gran continente latinoamericano, fuente de ideas e iniciativas en estos momentos en los que el mundo requiere de forma apremiante transformaciones radicales.

Bioquímico y Biólogo Molecular, especialidades que se han desarrollado -unidas a la introspección física- a un ritmo formidable, con gran impacto en la fisiopatología, permitiendo contribuir al don más precioso: la salud, dando no sólo más años a la vida sino más vida a los años. Ha escrito su autobiografía desde la atalaya de los 70 años, que le permite tener a la vez memoria del pasado... y del futuro. El devenir es siempre más importante que el tiempo pretérito, porque podemos forjarlo, escribirlo. El pasado ya está escrito y debemos saber describirlo fidedignamente. Pero el futuro está por escribir y es allí donde, en nosotros mismos y en los demás, podemos corregir imperfecciones, allanar obstáculos, esclarecer horizontes.

Nos cuenta sus orígenes, los años “formativos”, su vida de estudiante de Química, sus amigos, su trayectoria educativa primero y docente después, destacando en esta parte del libro su liderazgo estudiantil, con claro posicionamiento en defensa de unos valores que, formando parte del “sueño de Bolívar”, se hallaban ya presentes durante sus estudios universitarios (Universidad de Chile y Rockefeller University).

Como era de esperar, subraya la llegada de su primer hijo, Miguel Luis. Es el momento de la madurez, cuando nos damos cuenta de que la responsabilidad debe ir aparejada con la libertad. Y emprende el largo viaje “en una edad de oro de la biología”, que se inicia en 1963... y todavía no ha concluido.

Me gusta insistir en la importancia que tiene la experiencia, que se va destilando en las páginas de este libro a medida que avanzamos en su lectura. Ahora que la longevidad, este gran progreso en la calidad de vida que ha tenido lugar en las últimas décadas, ha aumentado el número de mayores, no debemos dejar inexplorado el fantástico tesoro que representa, en cada vida, la experiencia personal, balance permanente de aciertos y errores. Cada trayectoria humana guarda enseñanzas que no debemos desaprovechar. Que no deben desaprovechar, sobre todo, quienes desean gobernar democráticamente, en nombre del pueblo.

El autor, científico, no cesa de recordarnos, con su propia dedicación y no sólo con su consejo, el relieve crucial de la educación a lo largo y ancho de la aventura existencial. Educación, es decir, dirigir la propia vida, actuar en virtud de nuestras propias

reflexiones, es la respuesta, es utilizar plenamente las facultades exclusivas de la condición humana. El proceso educativo implica, según la Comisión que designé en 1992 sobre “la Educación en el siglo XXI”, presidida por Jacques Delors, cuatro aprendizajes fundamentales: aprender a conocer; a hacer; a ser; y a vivir juntos.

Me gusta añadir dos aprendizajes más: aprender a emprender y aprender a atreverse. Ambos aprendizajes se hallan relacionados. Como he repetido en muchas ocasiones, el riesgo sin conocimiento es peligroso pero el conocimiento sin riesgo es inútil. No podemos saber y guardar silencio. No podemos conocer soluciones que hemos descubierto o imaginado en un momento dado, y mantenerlas celosamente, insolidariamente, guardadas en nuestra mente.

Es el conocimiento científico el que permite sobreponerse a la rutina, a la monotonía, ofreciendo “hojas de ruta” extraordinariamente atractivas. La ciencia constituye el más fascinante y gratificante de los caminos que pueden recorrerse con las alas desprovistas de adherencias y adicciones para volar sin cortapisas en el espacio infinito del espíritu. Para ser verdaderamente libres, debemos vivir al filo exacto de las certezas y de las incertidumbres, de las luces y de las sombras, sin dogmatismos que nos ofuscan, sin fanatismos, abiertos permanentemente a la escucha de las opiniones y propuestas de los demás.

La misión del científico no se limita a su “especialidad”. Se transfiere, con rigor, a las propias circunstancias -“*circum stare*”, al

entorno intelectual y material. Así sucede con los ideales de Jorge Allende en relación a la integración de América Latina, facilitando progresivamente la comprensión y el establecimiento de lazos entre los distintos pueblos, culturas y países para lograr una visión común, sobre todo después de haberse sobrepuesto a los años tristes y oscuros, inolvidables, de la “operación Cóndor”. Por eso es necesario, preconiza el autor, que los científicos procuren ir junto - nunca sometidos - a los gobernantes y parlamentarios.

Quiero destacar la faceta docente de la semblanza del investigador bioquímico: se da cuenta de que es imprescindible transmitir a los jóvenes estudiantes el interés, la pasión, por el conocimiento científico, por formularse preguntas, por intentar respuestas... porque, de este modo, se harán más dueños de sí mismos y no se prestarán a pensar ni actuar al dictado de nadie. El programa de Educación en Ciencias Basado en la Indagación (ECBI) promueve, precisamente, el desarrollo de “aprender a ser uno mismo”, en un excelente programa pedagógico que ha recibido el espaldarazo de la *National Academy of Sciences* de los Estados Unidos, y llega a impartirse actualmente en 250 escuelas de Chile, al tiempo que se extiende a otros muchos países.

Se trata, en suma, de lograr, gracias a la educación, la gran transición que podría conducir, en estos albores de siglo y de milenio, a una nueva era, a un “nuevo comienzo”, según se expresa en la Carta de la Tierra: de súbditos a ciudadanos. Durante siglos, confinados desde un punto de vista territorial e intelectual, los habitantes de la tierra tenían limitadísimo acceso al escenario del poder, siempre masculino. Vasallos permanentes, ofrecían -y

todavía ofrecen- su propia vida a los designios de autoridades que no permitían el mínimo disenso. Ahora, por primera vez en la historia, tenemos una visión global, lo que nos permite comparar y en consecuencia apreciar lo que tenemos... y las carencias, las precariedades de tantos y tantos seres humanos; y disponemos de una tecnología de la comunicación que nos permite la participación no presencial; y, esencial, el porcentaje de mujeres en la toma de decisiones aumenta sin cesar, aunque todavía el 85 a 90% de las decisiones son adoptadas por hombres. Pero el camino ya está trazado: podemos dejar de ser súbditos y pasar a ser ciudadanos plenos, que participan, aportan sus soluciones, capaces por fin no sólo de manifestar sus protestas sino de exponer sus propuestas. Ha llegado el momento, que tanto ayuda a identificar y conocer la biografía del Profesor Allende, de transitar resueltamente de consumidores a autores, de testigos impasibles a actores.

Para ello tenemos de ser capaces de superar la acción uniformizadora del inmenso poder mediático, omnipresente, casi omnímodo, que prefiere que la mayoría de los ciudadanos sigan sumisos, obedientes, silenciosos. Pero el tiempo del silencio ha concluido. Las comunidades científica y académica, los intelectuales y artistas, deben ponerse al frente de la movilización popular, para que tenga lugar la gran transición de la fuerza a la palabra, de la cultura basada en la imposición y la violencia a una cultura de diálogo, conciliación y paz.

Y es que las universidades y los centros de investigación no deben ser sólo faro para iluminar las decisiones que se adoptan a escala regional, nacional o municipal, sino también torre de vigía, para

favorecer la anticipación, la prevención. Saber para prever, prever para prevenir. Tenemos que tener el coraje que ha demostrado en tantas ocasiones el Profesor Allende para expresar, también a escala mundial como hace en estos momentos, el punto de vista, tan oportuno y necesario, de las instituciones académicas. Lo más importante, la mayor riqueza, es el saber. A veces, como en el caso del autor, se transforma en sabiduría y permite hacer frente a los grandes retos, de tal modo que podemos exclamar como Pablo Neruda: “Podrán cortar todas las rosas pero la primavera llegará puntualmente”. Con el bagaje del conocimiento, podemos augurar el árbol desde el desierto.

“Espero que este libro –escribe el Profesor Allende al término de su autobiografía- pueda transmitir a alguno de sus lectores la alegría profunda que siento de haber vivido una vida plena, y la satisfacción que me da el haber podido conocer e interactuar con mucha gente”. Y es que, como indica en la anécdota con que se inicia el texto, nunca ha tenido “nada que ver con la guerra”. Y mucho que ver con la vida. *Toda una vida dedicada a la vida -intelectual, biológica- de los demás*. El lector percibirá que, en realidad, esta obra ayuda a “moldear”, utilizando la expresión del autor, su propia vida, su propia calidad de vida. Es en esta tarea en la que se ha des-vivido ejemplarmente el Profesor Jorge Allende.

Cada ser humano único capaz de crear, nuestra esperanza. Capaz de inventar el futuro.

“Deseo contagiar a algunos jóvenes el entusiasmo que siento por estar en la frontera del conocimiento”, escribe en la “Apología”. Lo

consigue plenamente. Jorge Allende, sembrador empedernido, nos cuenta su vida. Ha abierto muchos surcos en terrenos inhóspitos, en eriales. Pero las semillas están ahí... y todos los lectores, al leer este libro se darán cuenta de que tiene “algo que ver” con *su* propia vida.

Federico Mayor Zaragoza

Octubre de 2010